



Pablo d'Ors  
**El amigo del desierto**



PABLO d'ORS

# El amigo del desierto

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2019

© Pablo d'Ors, 2019  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B. 3288-2019  
ISBN: 978-84-17747-21-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Ha llegado el momento de abandonar todas las ataduras.  
No cumpliré las promesas ni tendré en cuenta el decoro.  
Que alguien que no entienda mi forma de pensar  
me llame loco si así lo desea,  
que piense que no estoy en mis cabales  
y que carezco de sentimientos.  
Los insultos no me molestarán,  
y las alabanzas no las escucharé.

YOSHIDA KENKO

Quien no conoce el desierto, no sabe qué es el silencio.

Proverbio árabe

Todo el mundo está encauzado en lo suyo,  
sólo yo permanezco obstinado y marginal.

LAO TSÉ

*Para José Carlos Ventero Ferrer*

## «Dramatis personae»

PAVEL, *el amigo del desierto*

OTLA, *presidente de la asociación*

PANÁ PLICKOVÁ, *su esposa*

JAN

PANÁ PETRUCHOVÁ, *su esposa*

VACLAV

PANÁ BENETKOVÁ, *su esposa*

ANDREAS

LADISLAV PECHA, *el profesor*

CHARLES DE FOUCAULD, *explorador y ermitaño*

STUBEMANN, *compañero de viaje*

VLK, *muchacho*

JEHUDA SERBAL, *guía*

ANYB, *chófer*

SHASU, *niño*

*Su padre*

*La hermana ROSA*

*La hermana LILA*

*La hermana AZUL*

SUZANNE POPHERTY, *antropóloga*

JEAN-PIERRE DOLFIEUX, *geólogo*

## Escenografías

Brno, vivienda de Ota y *paná* Plicková  
Kroměříž, apartamento de Pavel  
Praga, barrio periférico de Kačerov  
El Hoggar, casa de los Amigos, en la frontera entre  
Austria y la República Checa  
Beni Abbès, casita alquilada con vistas al desierto

Marruecos: Tánger, hotel Tetuán; cordillera presahariana del Saghre; Macizo de Mgoun, en el alto Atlas; Erg Chebbi, campo de dunas; palmeral de Tinerhir; dunas de Merzonga; manantial de Bir Jdid; cordillera volcánica del Sirwa.

Argelia: Argel; Orán; desiertos de Batna y de Sétif; El Golea y Tínduf.

Y además: desiertos de Adrar y Oued; Namibia; El Tene-ré, en las montañas Ayr; ciudad de Atar, en Mauritania; poblaciones de Oued Tanget y el Agargart, zona rica en oasis y jardines; trópico de Cáncer; desierto líbico; Tombuctú.

## Los Amigos del Desierto

Gracias a la contraportada de un libro supe que residía en Brno un hombre que había dedicado buena parte de su vida a viajar por muchos de los desiertos del planeta. La afición que aquel individuo había manifestado por las tierras desérticas a lo largo de su brillante trayectoria académica había comenzado como una pasión puramente teórica, pero terminó por convertirse en la única razón de su existencia. El tal Ladislao Pecha –que así se llamaba y que enseñaba en una pequeña universidad al nordeste del país– vivía para los desiertos, se desplazaba siempre que podía hasta alguno de ellos y había creado para agrupar a quienes compartían su interés una asociación llamada «Amigos del Desierto». En la contraportada de aquel libro, que cayó en mis manos por circunstancias fortuitas, figuraba la dirección electrónica de esta asociación y, naturalmente, les escribí.

¿Naturalmente? Todavía hoy ignoro qué pretendía de ellos.

Redacté un correo en términos bastante formales y, puesto que lo conservo, lo transcribo: «Al presidente de los Amigos del Desierto. Muy señor mío: He tenido noticia de la asociación que usted preside en Brno y quisiera alguna información tanto sobre sus actividades como sobre las condiciones para poder participar en ella como miembro. Cordialmente», y mi nombre.



¿Pretendía entonces, según había escrito, formar parte de aquella desconocida asociación? ¿Me interesaba realmente viajar al desierto?

Tres días después, recibí la respuesta.

«Por desgracia –comenzaba, tras el saludo inicial– carecemos de prospectos o material impreso con que poder darle cuenta de nuestras actividades. Por ello, si no tiene inconveniente en desplazarse hasta Brno, será para nosotros un honor recibirle y explicarle aquí todo lo que usted quiera saber sobre nuestro grupo.»

A esta comunicación –tan escueta como la mía– no seguía el nombre de Ladislao Pecha, sino el de un tal Ota Plícka, a quien más adelante llegaría a conocer.

Naturalmente, viajé a Brno.

¿Naturalmente? Una vez más debo formularme esta cuestión.

Conforme convenimos, el señor Plícka me recibió en la estación de tren y me llevó en coche hasta su casa, donde me presentó a su esposa o *paná*, como decimos en Chequia, mi país. Dentro de lo novedoso de la situación, hasta ese momento todo parecía normal.

*Paná* Plicková, que me recibió a la puerta de su vivienda con los brazos en jarras, me resultó muy agradable tanto por su aspecto físico –más bien rollizo– como por su amabilísimo trato.

–¿Se quedará a dormir? –me preguntó al poco de llegar.

Yo no había previsto esa posibilidad.

–Sí –respondí pese a todo.

Y ella me brindó entonces una encantadora sonrisa que tardé en quitarme de la cabeza.

–Su esposa... ¿pertenece a la asociación? –le pregunté a su marido en cuanto nos quedamos a solas.

Otla Plícka me había hecho tomar asiento en el mejor sofá y me había servido un té con leche muy caliente. Por mi parte, estaba sorprendido por el respeto y la deferencia con que me había tratado desde que me vio con aire despistado en el andén de la ferrovía. Yo contaba con que nos pondríamos a hablar del desierto de un momento a otro o, al menos, de la asociación que él presidía (pues el profesor Pecha ya había concluido su mandato). Otla, sin embargo, no parecía tener ninguna prisa por darme la información que yo había ido a buscar. Durante un buen rato me habló de sus hijos, que estudiaban en la Universidad Carolina de Praga; me contó algo de su anterior matrimonio –sin que yo, obviamente, le hubiera preguntado sobre ese particular–; y me llevó del brazo a su jardín, donde me explicó las dificultades que estaba teniendo para extirpar unas malas hierbas que, al parecer, no dejaban de crecer junto a un muro. Al final, me prestó uno de sus pijamas sin dejar de sonreír; también él, como su esposa, sonreía mucho. Acto seguido, sin permitir que le diera las gracias, cerró la puerta de la habitación que me habían asignado para que pasara la noche. Pues bien, fue así como me encontré en aquella casa de Brno, en compañía de dos completos desconocidos.

Tras llamar a la puerta para pedir permiso, *paná* Plicková entró a la mañana siguiente en mi habitación con la bandeja del desayuno.

–Yo... –alcancé a decir, mientras me desperezaba con recato.

Estaba abrumado por tanta amabilidad.

Una sombra de sospecha comenzó a planear en mis pensamientos desde que tuve la bandeja con el desayuno

en mis rodillas: no cabía descartar que aquella gente quisiera algo de mí –me dije–, y miré estúpidamente hacia la ventana, como si aquella fuera –dado el caso– mi única escapatoria posible.

El aspecto de *paná* Plicková –sus carrillos sonrosados parecían hacer juego con su delantal– era aún más agradable que el de la tarde anterior. Se había sentado a los pies de mi cama con toda espontaneidad y me sonreía como si yo fuera su esposo o, al menos, un viejo amigo de la familia. Como si me hubiera estado esperando mucho tiempo y yo regresara de un largo y agotador viaje, del que debía reponerme.

–¿Quiere más? –se atrevió a preguntar al percatarse de mi apetito.

Y yo:

–¡No, no, por favor!

No podía entender lo que sucedía.

Desechado el fantasma de estar corriendo algún peligro, consideré la posibilidad de ser víctima de una equivocación. Sí, eso tenía que ser: aquel matrimonio esperaba a otro hombre en la estación de Brno y yo, por tanto, no era quien ellos suponían. Esta hipótesis explicaba las muchas atenciones que me brindaban, así como la exagerada consideración con que me habían tratado en todo momento. La idea de haber sido tomado por quien no era me llenó de pánico.

–Usted pertenece a la asociación de Amigos del Desierto, ¿no es así? –conseguí farfullar.

Tenía un nudo en la garganta.

Al escuchar aquello, *paná* Plicková se rió como lo haría una niña a quien se aplaude una gracia. Era la risa de alguien que es feliz.

–¿Por qué se ríe? –pregunté.

Pero tampoco a eso quiso responder. Se limitó a recoger la bandeja y a susurrarme que su marido me esperaba en el salón.

Los Amigos del Desierto. ¿Me presentarían ahora a los demás miembros de la asociación?

Como Plicková me había advertido, su marido estaba en el salón. Caminaba de una esquina a la otra con las manos en las axilas. En cuanto le vi, supe que algo no marchaba bien. Supuse que podía estar molesto por lo tarde que me había levantado, así que pedí disculpas; él, sin embargo, no cambió de actitud. Continuó caminando de un lado al otro con las manos bien prietas bajo las axilas y respondió a mis intervenciones sólo con monosílabos. Era evidente que estaba nervioso, pero no me atreví a preguntarle por qué.

El trayecto en su coche lo hicimos en silencio. Todavía entonces confiaba en que comenzaría a hablarme de los Amigos del Desierto de un momento a otro; después de todo, ése era el motivo por el que me había desplazado hasta Brno. En breves minutos –estaba seguro– conocería al profesor Pecha y, acaso, a unos cuantos miembros de su asociación. No fue así.

Sin romper su mutismo, aquel individuo de corbata amarilla me llevó de vuelta a la estación de ferrocarril a la que había venido a recogerme la tarde anterior. No quise creer lo que estaba a punto de sucederme hasta que sus palabras me lo confirmaron.

–Tiene un tren de regreso a Kroměřiz dentro de un cuarto de hora –dijo entre dientes.

Era la primera frase completa que pronunciaba aquella mañana. Después me extendió la mano para que se la estrechase.

–¿Qué significa esto? –llegué a replicar.

Estaba perplejo. Las palabras me salían con dificultad.

–¿Qué significa esto? –repetí.

El me estrechó la mano, que había quedado colgando.

–Tanto mi esposa como yo –dijo entonces, y me miró a los ojos sin titubear– hemos comprendido que nuestra asociación no le interesa lo más mínimo. Sea franco –añadió, cuando parecía que no iba a decir nada más–, no nos haga perder el tiempo.

Dicho esto, se caló el sombrero –demasiado grande para un hombre como él, más bien bajito– y se dirigió con paso decidido a su coche. Vi cómo aquel hombre arrancaba y se marchaba sin darme ninguna explicación más. Quedé mudo y paralizado durante largo rato y, naturalmente, tuve que coger aquel expreso.

Durante el trayecto a Kroměříž reflexioné mucho sobre todo lo que había vivido en Brno y, una vez en casa, no pude conciliar el sueño hasta el amanecer. Vivo solo, así que nadie me trajo el desayuno al despertar; ninguna mujer se sentó a los pies de mi cama para allí reírse como lo haría una niña a quien se aplaude una gracia. De algún modo, me sentía defraudado y –¿por qué no decirlo?– herido en mi amor propio: aunque mi interés por aquella insólita asociación no fuera todavía tan ardiente como más tarde llegaría a ser, mi comportamiento con Otlá y su *paná* no había sido censurable bajo ningún punto de vista. Nada justificaba, por tanto, el enojoso desdén con que había sido tratado. ¿Por qué debía tolerar que aquel individuo de corbata amarilla me hubiera puesto sin una palabra en el tren de vuelta?

«Querido señor Plícka –escribí, mi rostro se reflejaba en la pantalla del ordenador–. Si algo de mi conducta ha podido ofenderle, le ruego que me disculpe; debo admitir

que no acabo de comprender el desenlace de nuestro encuentro.»

Tardé en decidirme a escribir aquel correo, el segundo de los muchos que llegaría a intercambiar con él.

«Soy una persona normal y corriente –continuaba diciendo–, y mi interés por la asociación que usted preside es completamente sincero. Pese al desplante que recibí, para el que no encuentro posible justificación –concluía–, mi voluntad de conocer a los Amigos del Desierto sigue en pie. Más aún –y esta frase tuve que redactarla varias veces–, me sentiré muy honrado si quieren recibirme de nuevo y darme la información que les solicité. Salude de mi parte a su encantadora *paná*. Suyo», y mi nombre.

Pese a lo satisfecho que estaba con aquellas pocas frases, firmes y humildes a un tiempo, algo hubo en ellas que molestó a Ota Plícka –quien no se dignó responderme hasta pasadas tres semanas.

Tan falso sería afirmar que pasé todo aquel tiempo pensando en el extraño incidente que había vivido en Brno como que me olvidé de ello por completo. La imagen de la señora Plicková con sus carrillos sonrosados, y en particular su risa de niña traviesa, se había grabado en mi memoria. A menudo me encontraba evocando sus facciones y escuchando aquella risa suya, tan cristalina. ¿Me había enamorado? Pronto lo sabría.

Confieso que me alegré mucho al recibir nuevamente noticias de Brno, y más todavía cuando comprobé que era la propia Plicková –y no su esposo– quien me contestaba. Por desgracia, mi evocada *paná* Plicková se dirigía a mí sólo por indicación de su marido –según especificó–, y no era para darme buenas noticias.

«Querido amigo –comenzaba su correo–. Tanto Ota como yo juzgamos que su interés por nuestra asociación es completamente pasajero. Por ello le rogamos que, en adelante, se abstenga de escribirnos y visitarnos. Hágalo tan sólo si su inclinación por el desierto es irresistible e inapelable su voluntad de conocernos. Un saludo», y su nombre.

¿Pasajero? ¿Inapelable? Pasé algún tiempo sin saber cómo reaccionar. ¿Debía desobedecer sus órdenes y visitarles pese a todo? ¿No sería conveniente que iniciara algún tipo de investigación sobre aquellos enigmáticos Amigos? ¿Qué querrían decirme con «inclinación irresistible»?

Por no saber bien qué decidir, pasé algunos días leyendo todo lo que encontré sobre el desierto en la Biblioteca Municipal de mi ciudad. En primer lugar cayeron en mis manos atlas y libros de carácter técnico en los que se informaba sobre las condiciones climáticas propias de los desiertos, los países en que están enclavados y los habitantes que los pueblan. Leí bastante sobre los tuareg, pueblo por el que desde el principio sentí una viva admiración. Por indicación del bibliotecario, di más tarde con algunos volúmenes que abordaban el desierto desde una perspectiva filosófica o, incluso, espiritual. Y es que pocos lugares hay en el mundo que sean tan metafóricos como el desierto, como prueba el hecho de que cuando se dice la palabra «desierto» suele pensarse casi tanto en el desierto físico o externo como en el mental o interior. Todos aquellos libros eran interesantes, lo admito; pero, más que leerlos, a lo que mayormente me dediqué fue a mirar las impresionantes fotografías con que algunos de ellos estaban ilustrados. Muchas de mis horas en la Biblioteca Municipal transcurrieron así: con la mirada puesta en esas imágenes, emborrachado ante la hipnóti-

ca visión de las dunas. Contemplando aquellos desiertos, el tiempo parecía haberse detenido para mí.

«Al señor presidente de la asociación de Amigos del Desierto –volví a escribir–. Han transcurrido ya dos meses desde el último correo que les envié, fechado en diciembre del año pasado. Desde entonces –seguía– no es que haya perdido mi interés por el desierto, como seguramente alguien de ustedes pudo suponer, sino que éste se ha incrementado hasta el punto de haber comprendido que debía intentar volver a ponerme en contacto con el grupo que usted representa. Por ello, si ahora están dispuestos a recibirme, escucharé con la mejor de las actitudes todo lo que tengan que decirme sobre el desierto y su asociación. Quedo de antemano agradecido y a la espera de sus noticias», y mi nombre.

¿Sonaría humillante el tono de aquella misiva? ¿Me resistía a dar mi brazo a torcer? ¿Por qué no lograba olvidarme de aquella ridícula historia?

La respuesta se hizo esperar también en esta ocasión, pero ya no me importó. Durante aquel periodo –lo recuerdo como si fuera hoy–, colgué algunas imágenes en las paredes de mi dormitorio. Se trataba de fotografías de los desiertos de Namibia, del Teneré –a la sombra de las montañas Ayr–, y del que rodea la ciudad de Atar, en Mauritania.

La contestación a este último correo mío no iba firmada por Ota o su esposa, sino por el propio profesor Pecha –al parecer, miembro del comité fundador–. Entendí de inmediato que las perspectivas eran halagüeñas.

«Comprendo su perplejidad –comenzaba el profesor–, pero también usted comprenderá más adelante, si es que su interés por el desierto se revela auténtico, que el



comportamiento de Otlá y de su *paná*, en quienes confío plenamente, está más que justificado. Durante demasiados años hemos cometido el error de atender a personas que, desde los más variados puntos del globo, han manifestado por nosotros un interés que, al cabo, se revelaba efímero y hasta veleidoso. Estamos escaldados –confesaba–, y no queremos que algo así vuelva a repetirse. Por ser éste su tercer comunicado –escribía al final–, estimo que ha llegado el momento en que la asociación le tome en serio. Por ello, quisiera invitarle a...», y seguía el lugar y la fecha en que me convocaba para tomar parte en una asamblea de la asociación, en los alrededores de Brno.

¿Debía ir o más bien argüir alguna excusa y disculparme? ¿Qué se haría durante aquella jornada en esa casa que, según se especificaba, era propiedad de la asociación? Y, sobre todo, ¿hasta dónde tenía que llegar mi interés por el desierto para que ellos (¡pero ¿quiénes?!) estimaran que yo era fiable y digno de crédito? Tras debatirme entre dudas, una tarde –ante una de las imágenes que había colgado en la pared– comprendí que no tenía alternativa. Deseaba ir. En realidad, pocas cosas en el mundo había deseado tanto. Y fui.